

'El tiempo amarillo', las memorias de Fernando Fernán Gómez, reflejan con numerosas anécdotas la experiencia vital del actor y director y son además una crónica histórica en primera persona

Una catarata de recuerdos

Fernando Fernán Gómez debutó en el teatro a los 16 años, en 1938, en el papel de un camarero, con estas tres frases que no llegó a pronunciar:

—¿Qué van a tomar los señores?

—¿Los desean con hielo?

—¿Les traigo además agua de seltz?

El miedo enmudeció esa noche a "aquel muchacho zanquilargo y de andar desgarrado" que volvió triste a su casa en un Madrid devastado por la guerra. Fernán Gómez describe en *El tiempo amarillo* la dureza de aquellos años. "Ni mi madre con sus treinta, ni mi abuela con sus setenta, ni yo camino de mis veinte sentíamos en toda su fuerza la trascendencia de ese acontecimiento bestial y odioso lleno de dolor, implacable y ferozmente sarcástico, que había de marcar nuestras vidas para siempre".

Pero el teatro estaba en sus genes y en él entró a trabajar con un carnet del sindicato de actores de la CNT. Muchos años después, en 1986, empezó a escribir estas memorias que tituló *El tiempo amarillo* tomando las palabras de Miguel Hernández: "un día se pondrá el tiempo amarillo sobre mi fotografía". El resultado fue una catarata de recuerdos que recorren la historia del siglo XX, con acontecimientos a veces traumáticos para aquel chaval pelirrojo que ansiaba el éxito y quería gozar de la vida.

Todo un carácter

El tiempo amarillo. Memorias 1921-1997 (Ed. Capitán Swing) muestra a un Fernán Gómez en estado puro que se retrata con su ironía, su ideología libertaria, la multitud de amigos, los amores y con su fuerte carácter, que ya es legendario.

Hay un episodio que cuenta Luis Alegre en el prólogo y hoy está en YouTube. En 1998, en la presentación de la edición ampliada de *El tiempo amarillo*, Fernán Gómez advirtió que no iba a firmar libros y cuando un espectador le pidió una dedicatoria, Fernando se negó. El hombre insistió, él tiró el libro al suelo y se produjo un rifirrafe hasta que Fernando le soltó por dos veces: "¡Váyase a la mierda!".

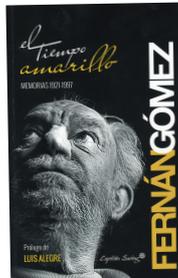
En su fuero interno el actor guardaba un pasado singular. Había nacido en Lima en 1921, hijo de madre soltera —la actriz Carola Fernán Gómez— que estaba de gira y por eso lo inscribió en Buenos Aires. Según cuenta, ya en Madrid fue educado por su abuela. Siempre se sintió un cómico y trabajó a destajo en todos los géneros: teatro, cine (200 películas), literatura, guiones, artículos periodísticos... Sin embargo bromecía con su holgazanería añadiendo que su mayor ilusión antes de un espectáculo era escuchar "se ha suspendido".



A lo largo de su dilatada carrera recibió todos los premios, incluido el Goya



Con Emma Cohen compartió sus últimos años hasta su fallecimiento en 2007



En el teatro Fernán Gómez representó clásicos, autores del momento y, por supuesto, las obras de Jardiel Poncela. Fue una estrella en el precario cine de posguerra que le dio popularidad, sobre todo con *Botón de ancla*. Pero él envidiaba lo que veía en sus primeros viajes a París. "Para un habitante de la España de Franco —escribe— el pasear por los bulevares, hojear la prensa, asomarse a las librerías y respirar no solo el aire de Francia, sino el aire de la libertad".

desnutrición, así que el meritorio del teatro que era Fernán Gómez llevaba un montoncito de castañas en el bolsillo y todavía, años más tarde, un cucurucho de migas que les vendían en la pastelería. El sueño del cine y el éxito quedaban muy lejos. Solo "queríamos permiso para vivir", escribe.

El ambiente de escasez se refleja igualmente en *El viaje a ninguna parte*, otra celebrada película sobre la gira de una humilde compañía de cómicos, con un veterano Fernán Gómez que ante una cámara de cine recita con tono impasado: "¡Señorito...!".

En el trabajo de este polifacético creador merece mención aparte una película, *El extraño viaje*. La rodó en 1964 con distinta fortuna: se proyectó en un cine de barrio, fue elogiada por los críticos progresistas, y finalmente quedó olvidada para convertirse, tiempo después, en obra de culto. Fernán Gómez, comenta Luis Alegre, era "un gigante de la cultura que había vivido en un país culturalmente enano".

Fernán Gómez debutó en el teatro a los 16 años con un papel de tres frases que no llegó a pronunciar

Emociones a flor de piel

Una de las obras más emotivas de Fernando Fernán Gómez, *Las bicicletas son para el verano* —llevada al teatro y al cine y premiada con cuatro Goyas— se centra en las penurias de la guerra y sus dos preocupaciones fundamentales: comer y librarse de las bombas. El hambre resultaba dramático: los miembros de la familia —él mismo— robaban con remordimiento las lentejas del puchero. Sentían la

El cine y el compromiso

Con el paso del tiempo el prestigio de Fernando Fernán Gómez se consolidó y también su actividad pública entre los amigos del Café Gijón, que le parecía una "isla de libertad" por reunir a gente de muy distintas ideas. En el libro admite que había sido un mal compañero de viaje de la gente de izquierdas porque no se implicaba en el activismo político. Sin embargo su apoyo en 1962 a los mineros asturianos en huelga le supuso el veto en televisión y radio ("A partir de ese momento, yo era rojo", dice). En 2003, en silla de ruedas, leyó en la Puerta del Sol un manifiesto en contra de la guerra de Irak.

A partir de los 70 vivió su plenitud artística. Participó en numerosas películas (*El espíritu de la colmena*, *El amor del capitán Brando*, *Ana y los lobos*, *El anacoreta*, *Belle Époque*, *La lengua de las mariposas*, *El abuelo...*) y recibió todos los premios (festivales de Berlín y Donostia, Goyas, Nacional de Cine, Príncipe de Asturias). Con el nuevo siglo, en el año 2000 ingresó en la Academia de la Lengua con un discurso titulado *La aventura de la palabra*, un homenaje a lo que más amaba.

María Jesús Gandariasbeitia

Un corte de tela blanca y tres grandes amores

LA sombra del padre persiguió a Fernando Fernán Gómez durante su juventud. De él habla en *El tiempo amarillo* sin mencionar su nombre —tras su muerte se publicó que era Fernando Díaz de Mendoza, actor, hijo de María Guerrero— aunque llegó a verle de lejos cuando actuaba en el teatro en Madrid. De aquella ocasión cuenta Fernán Gómez cómo un día recibió la llamada de un desconocido que hablaba de parte de su padre y le citó antes de la función. En casa pensaron que le iba decir algo sobre la paternidad, aunque fuera para negarla. Pero el padre ni siquiera acudió a la cita. Lo hizo el gerente de la compañía, que le pidió que no pasara por el teatro por el "qué dirán" pero le ofreció la posibilidad de alojarse en el chalet paterno. Al negarse Fernán Gómez, el gerente desarrolló un paquete y se lo dio como regalo del padre. "Mira —le dijo— es un corte de tela blanca

para que te hagas una americana". Fernando se quedó estupefacto pero no lo rechazó: "pensé que casi no tenía ropa y que muchos jóvenes iban por Madrid con pantalón azul marino y americana blanca: estaba muy de moda". Luego, con su madre y abuela, se rieron mucho.

El pudor preside el relato cuando Fernán Gómez habla de la intimidad. En el prólogo, Luis Alegre menciona los tres grandes amores del actor: María Dolores Pradera, en los años 40 y principios de los 50, con la que tuvo a sus hijos Helena y Fernando; Analía Gadé y Emma Cohen. En un momento dado, Emma Cohen le abandonó y para recuperarla le escribió una carta que publicó en la revista *Triunfo*. Pronto ella volvió. En Emma Cohen, confiesa, "había encontrado a la compañera de mi vida". Ella compartió su trabajo y estuvo junto a él hasta su muerte en 2007.